

que la afligia. Mas deseando tener el consuelo de ver siquiera junto á sí á Jesucristo, rogó al sacerdote que la asistía en su última enfermedad, que la trajese el augusto Sacramento. Hízolo así el ministro, y, cumpliendo con los deseos de la Santa, tomó la hostia en sus manos y se la acercó al pecho para que la adorase. Pero, ¡ó prodigio! la Forma desapareció súbitamente, y al poco espiró la virgen: y habiendo sido lavado su cadáver para amortajarlo, se halló impresa en el lado izquierdo de su pecho la figura de la misma hostia con la imágen de Jesus crucificado. Tan grato como todo esto es para Jesus unir su Corazon con los corazones que lo aman.

#### PROPÓSITOS.

Jesucristo es todo amor y caridad, y debemos estar abrasados en su amor, cuando nos acercamos á recibirle en la Eucaristía. Nunca seremos dignos de recibir á un Dios. ¡Ay! ¿Qué criatura será digna de aposentar dentro de sí á su Criador? Pero ya que Él se digna unirse á nosotros, tendremos la conveniente disposicion, si detestamos las culpas despues de haberlas confesado con dolor, y deseamos crecer en el amor divino: y cuanto mayor sea nuestro dolor, y crezcamos mas en el amor de Dios, tanto mas nos dispondremos á recibirle dignamente.

#### AFFECTOS.

¡Oh, qué admirable es tu amor, Señor y Dios nuestro, pues quisiste incorporarnos á tu propio

Cuerpo de tal manera, que tuviéramos el corazon y el alma unida contigo inseparablemente! <sup>1</sup> ¡Ah! Yo no quiero vivir sino para amarte. ¡O verdad eterna, caridad verdadera y eternidad amada! Tú eres mi Dios, y á ti suspiro dia y noche <sup>2</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

## DIA XXXI.

*Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente*

### MEDITACION.

#### INGRATITUD DE LOS HOMBRES AL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. La aparicion de Jesucristo en la Judea para anunciar la llegada del reino de Dios, se señaló con tantos y tan varios beneficios, que llenaron de asombro á todos sus habitantes, inspirándoles al propio tiempo tanta confianza en aquel bienhechor extraordinario, que todos, grandes y pequeños, acudian á Él, buscando remedio para sus dolencias, y consuelo para sus desgracias. No tenia tiempo el Salvador ni para tomar alimento <sup>3</sup>, ni podia entrar en una casa, porque se aglomeraban las turbas <sup>4</sup>, y se veía precisado á detenerse en despojado; porque, apenas se sabia dónde estaba, se agolpaban las turbas de tal modo, que querian acer-

<sup>1</sup> S. Laurent. Justinian.

<sup>2</sup> Div. August. tib. 7. Confes. cap. 10.

<sup>3</sup> Marc. cap. 3. v. 20.

<sup>4</sup> Id. cap. 2. v. 2.

carse á la puerta de su vivienda todos los moradores de la ciudad <sup>1</sup>. ¡Qué alborozados andan! *Jamás*, van diciendo, *hemos visto ni oído cosa semejante en Israel* <sup>2</sup>. ¡Qué doctrina es la suya! Manda á los espíritus, y se humillan: toca á los enfermos, y sanan: habla al mar tempestuoso, y se apacigua: enseña con autoridad y cariño. ¿Quién es este, á quien los vientos obedecen? <sup>3</sup> Este es verdaderamente el Profeta, que ha de venir al mundo <sup>4</sup>. Todo esto se va sustruyendo por todas partes, y al poco se despueblan aldeas, ciudades y provincias, corriendo todos á Jesus, para oír sus dulces palabras, y conseguir tocar, aunque no fuera sino la orla de su vestido, *porque salía de Él virtud divina, que los sanaba* <sup>5</sup>.

Así pasó Jesucristo tres años continuos, *haciendo bien y sanando á todos los oprimidos del diablo* <sup>6</sup>. Socorria á los pobres, alimentaba á los hambrientos, limpiaba á los leprosos, sanaba á los paralíticos, daba vista á los ciegos, oído á los sordos y habla á los mudos, y consolaba los corazones y enjugaba las lágrimas del padre, de la madre, de la viuda y de la familia, devolviéndoles vivos, á la hija amortajada <sup>7</sup>, al hijo que llevan á enterrar <sup>8</sup>, y al hermano encerrado en el sepulcro <sup>9</sup>. ¡Qué tierno, qué amable, qué compasivo es el Corazón de Jesus! Habla á todos con dulzura, bendice y acaricia á los niños, instruye á los ignorantes, perdona á los pecadores, es el padre, el amigo, el consuelo de todos, y ejerce todos los

<sup>1</sup> Marc. cap. 1. v. 33. 45.

<sup>2</sup> Matth. cap. 9. v. 33.

<sup>3</sup> Id. cap. 8. v. 27.

<sup>4</sup> Joan. cap. 6. v. 14.

<sup>5</sup> Luc. cap. 6. v. 19.

<sup>6</sup> Act. cap. 10. v. 38.

<sup>7</sup> Luc. cap. 8. v. 54.

<sup>8</sup> Ibid. cap. 7. v. 15.

<sup>9</sup> Joan. cap. 11. v. 43.

oficios de la caridad con tanta constancia y continuación, que, unos seis días antes de dar su vida por nosotros, confesaron los grandes de la Judea, reunidos en concilio, que eran ya demasiados los milagros que hacia <sup>1</sup>; y al poco, llenos de envidia, tuvieron que decir que nada adelantaban con sus intrigas y maquinaciones, pues todos se iban en pos de Jesus <sup>2</sup>.

Si hubiera de escribirse el número y grandeza de los favores, que hizo Jesus al pueblo escogido, no cabrían en el mundo los libros <sup>3</sup>. Sin embargo, ¿quién podía imaginarse que ese mismo pueblo, tan amado y favorecido, se había de conjurar contra Jesus para arrancarle la vida, y borrar hasta su nombre? Era Jesus la luz, que venía al mundo, y sus propios hermanos no quisieron recibirlo, siendo *rebeldes á esta luz, y no queriendo marchar por sus sendas* <sup>4</sup>. Era Israel la herencia querida, los hijos predilectos, instruidos, acariciados y educados por el mismo Jesus; y este mismo pueblo reniega de su bienhechor, de su Padre y de su protector, y lo desprecia. ¡Qué contraste tan horrible! Se abandonan súbitamente las aguas cristalinas que dan salud y vida, por las salobres y fangosas, que causarán la muerte <sup>5</sup>: Jerusalén, la ciudad santa, que esperaba un Redentor, lo tiene en su seno, recibe sus beneficios, y ve sus portentos, se levanta contra él y lo condena á morir, haciéndose mas impía, que las naciones idólatras <sup>6</sup>, y siendo su iniquidad mayor que el pecado de las ciudades consumidas por el fuego del cielo <sup>7</sup>.

<sup>1</sup> Joan. cap. 11. v. 47.

<sup>2</sup> Id. cap. 12. v. 19.

<sup>3</sup> Joan. cap. 21. v. 25.

<sup>4</sup> Job. cap. 24. v. 13.

<sup>5</sup> Jerem. cap. 2. v. 10.

<sup>6</sup> Ezeq. cap. 5. v. 6.

<sup>7</sup> Thren. cap. 4. v. 6.

¿Quién no se horroriza al ver tan negra ingratitude? ¿En qué imaginación cabe, que un pueblo, que ha proclamado á Jesus por hijo de David, por Rey de Israel y Salvador <sup>1</sup>, y ha recibido de él beneficios inefables, se apodere de su persona y lo conduzca á un juez venal, arbitrario, gentil, sin religion y sin Dios: que este diga que aquel preso es inocente <sup>2</sup>, y que no puede condenarlo á morir, y que la nacion, que se gloriaba en ser justa, diga que no es así, y que Jesus es un perturbador, un rebelde, un blasfemo, enemigo de Dios y de la humanidad? ¿De dónde procede que, repitiendo el juez bárbaro que Jesus no ha hecho mal alguno <sup>3</sup>, no responda el pueblo sino con ira, animosidad, execracion y blasfemia, pidiendo con voces tumultuosas que sea crucificado? ¡O Dios de misericordia! De tantos misterios de amor como te has dignado revelarnos, yo no comprendo ninguno, porque soy limitado, adorándolos todos con humilde acatamiento: mas no es un misterio para mí lo que pasa en el seno de la nacion querida, porque he hecho, por mi desgracia, muchas veces, lo que ella no hiciera sino una sola. ¡Ay! El amor que tengo es tuyo, ó Dios mio, la ingratitude es mia: tuya es la gracia, mio el pecado: tú me has llamado, yo he huido de ti; tú eres la fuente de la caridad, y yo he querido agotarla con la ingratitude. Gracias, ó Dios mio, gracias te doy, pues todavía me buscas y me llamas, convidándome con el perdón y prometiéndome la gloria, si oigo tu voz amorosa.

PUNTO SEGUNDO. La vida de Jesucristo es la vida

<sup>1</sup> Matth. cap. 21. v. 9.

<sup>2</sup> Luc. cap. 23. v. 14.

<sup>3</sup> Luc. cap. 23. v. 22.

de Dios, empleada toda en hacer bien á los hombres, proporcionándoles los medios de ser felices en este mundo y mucho mas en el otro. Sin embargo, miran los hombres con tan poco aprecio los bienes inmensos que se encuentran en el amor de Jesus, que los posponen á los goces temporales, empeñándose en buscar su dicha en las criaturas, no obstante que todas les dicen que no la tienen, y cometiendo un crimen, que reprueban entre sí mismos, y no quieren conocer y confesar, cuando se trata de Dios, y es la ingratitude. ¡Ah! No hay padre, ni madre, ni hermano, ni amigo, que nos amen, como Dios nos ama: y, cuando entre los mundanos nos desvivimos y deshacemos en demostraciones de afecto hácia los que nos favorecen, mirando con horror el ser notados de desagradecidos, solo á Dios excluimos de la obligacion de mostrarle nuestra gratitud, si quizás no nos servimos de sus favores para hacerle la guerra, pretendiendo adorar á las criaturas con desprecio del Criador.

Cada vez que ofendamos á Dios, hacemos con Jesucristo lo que hicieron los judíos. Porque ¿qué hiciera el Salvador por su pueblo amado, que no haya hecho por nosotros? ¿Qué hiciera con él este pueblo ingrato, que nosotros no imitemos? Eramos todos unos leprosos, cubiertos de pies á cabeza de la hedionda costra de la culpa, y Jesus nos limpió; yacíamos como un paralítico en el lecho de los pecados, sin poder movernos por nuestras propias fuerzas, y Jesus nos levantó: estábamos muertos á la gracia divina, y Jesus nos resucitó: necesitábamos de una piscina sagrada, donde lavásemos nuestras culpas, y Jesus nos la abrió: nuestra miserable condicion desfallecia, si no era alimentada contri-

nuamente, y Jesus preparó un banquete, diciendo á todos en alta voz: *Venid, comed mi pan y bebed el vino, que os he mezclado* <sup>1</sup>: *comed, amigos míos, y bebed y embriagaos, los muy amados* <sup>2</sup>. Todos estos prodigios de amor ha hecho con nosotros Jesucristo: y lejos de corresponder á tanta generosidad, laceramos la estola de la inocencia, despreciamos la vida de la gracia, huimos de humillarnos confesando nuestras culpas, y nos desdeñamos de tomar asiento en su sagrada mesa, renovando con pecados cotidianos la crucifixion y los denuestos que Jesus sufrió de su pueblo.

¡Ay! No miremos á los pueblos, de quienes el mismo Jesus dice, que *vino la luz al mundo y los hombres amaron mas las tinieblas* <sup>3</sup>; ni á aquellas naciones, que despues de haber practicado la verdad, la han desechado. Nosotros mismos, que nos preciamos de ser hijos de la luz, ¿cómo nos portamos con Jesucristo? ¿Cómo correspondemos á su amor? Quisiéramos salvarnos; mas no queremos hacernos violencia á nosotros mismos, ni mortificar nuestros sentidos, ni contradecir á nuestras pasiones: deseamos poseer las virtudes que Jesucristo nos enseña con su ejemplo; pero nos resistimos á combatir los vicios, no pensando sino en comodidades del cuerpo, en honores mundanos, y en dar gusto á los sentidos, pretendiendo servir á Cristo y á Lucifer, y militar en la region de la luz y de las tinieblas. Conduciéndonos de esta manera ¿qué otra cosa hacemos sino imitar á aquellos rebeldes, que *despreciaron siempre el imperio de su Dios y no quisieron oír su voz* <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Prov. cap. 9. v. 5.

<sup>2</sup> Cant. cap. 5. v. 1.

<sup>3</sup> Joan. cap. 3. v. 19.

<sup>4</sup> Deut. cap. 9. v. 23.

Al ver la muchedumbre de los que viven mal en el seno de la Iglesia, se quejó Jesucristo por un Profeta, diciendo que habia recibido de sus vecinos oprobios en demasía, mucho mas que de sus enemigos; porque son mucho peores los que viven mal, habiendo recibido los Sacramentos, que aquellos que nunca los conocieron <sup>1</sup>. O Jesus mio, yo me veo retratado en aquel pueblo, que correspondió con tanta ingratitude á los favores que le dispensaste: Te oigo repetir aquellas palabras de queja, con que te preguntabas á ti mismo, qué mas podias haber hecho por tu viña. Mas, ya que me concedes la gracia de conocer mis ingraticudes, no permitas que oiga yo aquellas terribles amenazas de quitarme tu proteccion y abandonarme <sup>2</sup>, pues tengo mi corazon partido de dolor por haberte ofendido, y deseo amarte é imitarte. El mayor gozo de tu Corazon es salvar á los grandes pecadores: aquí tienes uno, ó Dios mio, que todo lo espera de ti.

#### DOCUMENTOS.

Mostró un dia Jesucristo su Corazon á la Beata Margarita María, diciéndole estas palabras: «Hé aquí este Corazon que tanto ama á los hombres, y que tanto ha hecho por demostrarles el amor que les tiene: sin embargo, yo no recibo de la mayor parte sino ingraticudes, pagando mis favores con desprecios, irreverencias y sacrilegios, y mirando con la mas fria indiferencia el sacramento de amor en que me sacrifico por ellos: y lo mas sensible para mí es,

<sup>1</sup> Div. Aug. in Psalm. 30.

<sup>2</sup> Isai. cap. 5. vv. 4. 5.

que hagan esto los corazones de aquellos, que están especialmente consagrados á mi servicio.»

MÁXIMAS Y PROPÓSITOS.

Nada hay mas contrario á la gracia de Dios que la ingratitud, dice San Bernardo <sup>1</sup>: es como el viento del desierto, que seca los manantiales mas fecundos, y como el huracan, que asola las mas frondosas arboledas. Al levantarnos cada dia, debemos elevar nuestras almas á Dios y prometerle una gratitud eterna, renovando el propósito de huir del pecado para demostrársela, y diciéndole con el Profeta: *¿Qué retornaré yo al Señor, por todo lo que Él me ha dado?* <sup>2</sup>

AFECTOS.

¿Con qué frente levantaré mis ojos al rostro de un Padre tan bueno, yo que soy tan mal hijo? Me avergüenzo de haber hecho cosas indignas y de haber devuelto males por bienes. Yo soy, ó Dios y Señor mio, aquel ingratisimo que, no pensando en tu amor, no solo no te correspondí, sino que fragué mil iniquidades y las cometí <sup>3</sup>. O Corazon de Jesus, *muéstrate propicio á mí, pobre pecador* <sup>4</sup>.

Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

<sup>1</sup> Serm. 3.º de Annuntiat. <sup>2</sup> Psalm. 115, v. 3.

<sup>3</sup> Div. Bernard. Serm. 16. in Cant.

<sup>4</sup> Idiot. Cont. Divin. amor.

DIA XXXII.

*Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente*

MEDITACION.

LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS SIGNO DE PREDESTINACION.

PUNTO PRIMERO. Consistiendo la felicidad del hombre en amar y poseer á Dios eternamente en el cielo, una vez conseguida esta dicha, todo lo hemos ganado, aunque en la vida presente hubiéramos sido tan desgraciados como el pobre, que, roido de úlceras y acosado por el hambre, deseaba hartarse con las migajas que sobraban en la mesa opulenta, sin que nadie se las diera <sup>1</sup>. Mas, si no nos tocase esta suerte feliz, aunque hubiéramos tenido en la tierra todas las riquezas, y ceñido todas las coronas, y gozado de todos los placeres, todo lo perdemos para siempre; porque, despues de esta vida, no hay mas que dos lugares, de tormento y llanto uno, y de gozos y placeres otro, dividiendo á entrambos un caos impenetrable; pues no pueden pasar los precitos al lugar de las delicias, ni decaer los justos de la gloria de que gozan, porque todo será inmutable y eterno.

Mientras vivimos en el mundo, vamos caminando á la eternidad, soportando las penas de esta vida con la esperanza de la retribucion eterna, y temiendo al

<sup>1</sup> Luc. cap. 16. v. 21.

mismo tiempo los rigores de la justicia divina; porque ignoramos cuál será nuestra suerte, no pudiendo saber el hombre, si es digno de amor ó de odio <sup>1</sup>, á no ser que Dios se digne revelárselo. Pero ¿podrá ser esto un motivo para que vivamos siempre entre ansiedades mortales, y entregados á una turbacion continua? ¡Ah! no; debemos temer nuestra miseria, no enorgulleciéndonos, sino estando firmes en la fe, y obrando nuestra salvacion eterna con temor y temblor, y creyendo firmemente que, *el que empezó la obra de nuestra santificacion, la llevará á cabo* <sup>2</sup>. Por eso Jesucristo nos dice que velemos siempre, pues no sabemos el dia ni la hora <sup>3</sup>, y nos manda que pidamos sin cesar á su Padre cuanto necesitemos en su nombre, seguros de que nos lo concederá <sup>4</sup>. Mas, para animarnos, quiso darnos algunos signos de nuestra futura dicha, diciendo, que *los que tuvieren hambre y sed de la justicia, serán hartos* <sup>5</sup>: *que de los pobres de espíritu es el reino de los cielos, y que sus ovejas oyen su voz, y Él las conoce, y ellas le siguen y no perecerán jamás* <sup>6</sup>.

¿Qué palabras tan consoladoras son estas para aquellas almas, que son verdaderamente devotas del Corazon de Jesus! ¿Quiénes son esos, que desean con ardor ser santos en sus pensamientos, puros en sus palabras é inocentes en sus obras? ¿Quiénes son aquellos, que escuchan con amor la voz de Jesucristo y le obedecen con docilidad, conociéndolo y siendo conocidos de Él? Los predestinados, que no suspiran en esta vida sino por ser semejantes en las vir-

<sup>1</sup> Eccle. cap. 9. v. 1.

<sup>2</sup> Philip. cap. 1. v. 6.

<sup>3</sup> Matth. cap. 25. v. 13.

<sup>4</sup> Matth. cap. 21. v. 22.

<sup>5</sup> Id. cap. 5. v. 6.

<sup>6</sup> Joan. cap. 10. v. 27.

tudes á Aquel, á quien se parecerán en la gloria venidera. De estos dice Jesucristo que es el reino de los cielos, porque son humildes: á estos promete que verán á Dios, porque son de corazon limpio: estos son los que están siempre en la escuela de Jesus, sin querer separarse de Él, porque saben que sus palabras son de vida eterna. *Fuente de la vida eterna es el temor de Dios* <sup>1</sup>; pero este santo temor debe ir unido siempre al amor, resultando entonces aquella confianza cierta, y aquella *caridad perfecta que echa fuera el temor* <sup>2</sup>.

Quando el alma suspira por retratar en sí las virtudes de Jesucristo, da á entender que su nombre está escrito en el libro de la vida. Y ¿qué otra cosa es la devocion al Corazon de Jesus, sino un anhelo continuo por conocer su amor y corresponderlo? ¿Podremos contemplarlo contrito y humillado por nuestros pecados, sin movernos á contricion y dolor de haberlo ofendido? ¿Veremos las llamas de caridad que derrama, sin excitarnos á pagar amor con amor? ¿Oiremos la voz dulcísima, con que nos convida á comer el pan de los escogidos que da vida eterna, y no nos acercaremos á la sagrada mesa con toda la pureza que nos sea posible? Es ciertamente una gracia muy especial, la que Dios concede á las almas, á quienes inspira la devocion al Corazon de Jesus; porque de Él salen como de una fuente, todas las que necesitamos para purificarnos de la culpa, y fortificarnos contra nuestros enemigos. O Jesus mio, yo no puedo menos de confesar, que tu amor hácia mí excede á cuanto pueden pensar los mismos ángeles, pues me has inspirado amor á tu Corazon di-

<sup>1</sup> Prov. cap. 14. v. 27.

<sup>2</sup> 1. Joann. cap. 4. v. 18.

vino. Yo te prometo fidelidad eterna, no dejando de amarte ni un solo momento, llorando sin cesar el haberte ofendido, y desterrando de mi corazón todo deseo mundano, para no tener otro, sino el de agradarte en todas las cosas, y anunciar tus misericordias sin número.

PUNTO SEGUNDO. La perseverancia final en el bien, de la cual depende nuestra eterna dicha, es un don que da Dios según su beneplácito, no pudiendo el hombre merecerla por sí mismo. Mas, si el Señor puede misericordiosamente confirmar en gracia á quien le agrade, quiere que todos nos humillemos cada dia, pidiéndole este don de perseverar hasta el fin, y confesando que por nuestra parte no somos mas que miseria, y que debemos el principio y la continuacion y la consumacion de nuestras buenas obras á sola su infinita bondad. El *que perseverase hasta el fin*, dice Jesucristo, *será salvo*<sup>1</sup>: por lo que, si llegamos al último momento de nuestra vida, firmes en la fe y unidos á Él en caridad, y le entregamos nuestro espíritu, animados de su gracia, nuestra predestinacion es cierta é infalible, *pues á los que predestinó, también los llamó; á los que llamó, también los justificó: y á los que justificó, también los glorificó*<sup>2</sup>.

¡Ah! Si Dios no se dignara santificarnos con su gracia, y regenerarnos en la sangre de su Hijo, ¿cómo pudiéramos caminar por la senda de sus mandamientos? Si despues que hemos empezado á seguir las huellas que Él mismo nos ha marcado, no nos extendiera una mano auxiliadora, ¿cómo era posible que continuáramos en el bien obrar? Si despues de haber perdido la gracia por el pecado, no nos mirase

<sup>1</sup> Matth. cap. 10. v. 22.

<sup>2</sup> Rom. cap. 8. v. 30.

aún con caridad infinita, ¿cómo nos levantaríamos del atoladero de la culpa? Es Dios quien, con una providencia misericordiosa, aparta los lazos disimulados que nos tiende el enemigo y destruye las ocasiones de pecado, dándonos fuerza para huir de ellas, y fortaleciéndonos para superar los innumerables obstáculos, que el mundo y la carne ponen en el camino del cielo. Así como sin la gracia de Dios no podemos empezar á amarlo como á fuente de toda justicia, así, sin la gracia de la perseverancia no es posible que lleguemos al fin de nuestra vida mortal en su amistad, para gozarlo como bien sumo.

Mas, si verdaderamente profesamos al Corazón de Jesús una devoción sincera, ¿cuántos y cuán poderosos motivos no tenemos de esperar, que tocaremos al extremo de la vida presente en caridad perfecta? Correspondiendo siempre á las inefables finezas de este Corazón divino, aborreciendo cuanto le desagrade, huyendo de toda acción, palabra y pensamiento, que sea contrario á su santidad infinita, y reconociéndonos indignos, de que el Dios de inmensa majestad se complazca en favorecer nuestra baja-jeza, ¿no aumentará en nosotros sus auxilios? ¿No hará brillar cada vez mas sus misericordias? No es posible que seamos verdaderamente devotos del Corazón de Jesús, sin amarlo, y mientras perseveremos en su amor, ¿quién podrá arrancar de nuestras almas la esperanza que nos ha infundido el Espíritu Santo, cuyo templo somos? ¿Quién podrá quitarnos aquella fe, que nos dice que Dios, juez justo, prepara en los cielos una corona de justicia para todos los que aman su venida? <sup>1</sup> Podrá suceder que caigamos en

<sup>1</sup> 2.<sup>o</sup> Tim. cap. 4. v. 8.

pecado mortal y perdamos la amistad divina, porque nuestra fragilidad es grande; pero, si meditáremos continuamente en el amor y las virtudes del Corazon de Jesus, es casi cierto que no huiremos como Cain, del rostro del Señor <sup>1</sup>, ni nos precipitaremos en el abismo de la desesperacion, como Judas: antes al contrario, no nos resolveremos á apartarnos de Jesus, no faltándonos una mirada suya, y lloraremos nuestra caída, reconociendo nuestra fragilidad, ingratitud y malicia, y pidiendo perdon y misericordia.

Sí, el Corazon de Jesus es el *domicilio del amor y el arca de la inmensa caridad* <sup>2</sup>. De Él sale la gracia con que persevera el justo, y la que saca al pecador del atolladero de la culpa, para que no caiga en el pozo del abismo. ¿Quién amará á este Corazon divino, sin que primero haya sido amado por Él? ¿Quién se deleitará en recorrer las virtudes que encierra, sin que haya sido atraído por Él mismo, inspirándole un deseo de amarlo y poseerlo? ¡Ah! ¡Dichosas, mil veces dichosas, aquellas almas, que no conocen mas dulzura, que la de gustar á Jesus, ni quieren otra suavidad sino la del amor de Jesus, ni suspiran mas que por poseer á Jesus, haciendo de su Corazon la torre de su refugio, el alcázar de su récreo y el vergel de sus delicias! Yo, Señor, penetraré tambien en este aposento del amor, pues por abrirme la puerta, quisiste que la lanza te hiriese en la cruz: entraré en esa piedra y me esconderé en las aberturas de la tierra <sup>3</sup>, para guarecerme de las iras de tu justi-

<sup>1</sup> Genes. cap. 4. v. 14.

<sup>2</sup> Div. Bernard. Serm. de Pass. Dom.

<sup>3</sup> Isai. cap. 2. v. 10.

cia: porque sé que en ese Corazon halló un refugio la pecadora, un amparo el publicano y un consuelo el discípulo cobarde, á quienes diste gracia para empezar y para perseverar, y yo espero hallar en Él el dolor de mis pecados, la gracia y la gloria.

#### DOCUMENTOS.

Refiérese en la vida de Santa Matilde, que estando un día rogando con gran fervor y pidiendo á Jesucristo por un alma, que acosada de una necesidad espiritual, se habia encomendado á sus oraciones, oyó estas palabras, que la dirigió el mismo Señor: «Hija mia, dí á esa persona, por quien me ruegas, que busque en mi Corazon el remedio de sus males, pues con seguridad lo hallará: que tenga á mi Corazon una devocion sincera y tierna, y venga á Él con la confianza y candor de un niño inocente, que, para obtener de su Padre lo que apetece, no sabe emplear otro artificio, sino el que le sugiere el amor: si así lo hiciere, alcanzará cuanto desea.»

#### MÁXIMAS.

¡Ah! Nosotros no debemos desear sino que, por la gloria de su nombre Dios nos perdone nuestros pecados, y nos lleve á la patria celestial: y como esta es la única cosa necesaria, se la hemos de pedir al Señor cada día, acercándonos para ello al Corazon de Jesus. ¡Qué resultados tan felices tendremos! Los que se apartan de Dios, serán escritos en la tierra: pero, de los que se acercan á Jesus, está escrito que se ale-

gren, pues sus nombres están escritos en los cielos <sup>1</sup>. Pidamos, pues, cada día por el Corazon de Jesus que Dios nos dé la perseverancia final: y la obtendremos, si lo hacemos con humildad y confianza.

AFFECTOS.

He hallado el Corazon de mi Rey, de mi hermano y benignísimo amigo Jesus, y por Él rogaré á mi Dios. ¡O hermosísimo Jesus! Lávame mas y mas de mi iniquidad y límpiame de mi pecado, para que, purificado por ti, pueda acercarme á ti, que eres la pureza por esencia, y merezca habitar en tu Corazon todos los dias de mi vida <sup>2</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

DIA XXXIII.

*Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente*

MEDITACION.

DEL FRUTO DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. No es posible tener una devocion verdadera al Corazon de Jesus, sin ir adquiriendo, junto con la meditacion de sus virtudes admirables, un conocimiento de Dios, cual podemos poseer en este mundo, en el cual nuestra fe nos lo muestra

<sup>1</sup> Div. Bernard. Serm. 3 de Pass.

<sup>2</sup> Div. Bern. Serm. 3. de Pass. Dom.

oculto tras el velo de misterios inefables, consolándonos con la esperanza de verlo algun dia cara á cara. Es este el primer fruto de esta devocion, pues siendo Jesucristo el camino, la verdad y la vida <sup>1</sup>, y no pudiendo ninguno ir á su Padre sino por él, quien quiera conocer al Padre celestial, no tiene mas que mirar atentamente al Hijo: porque el mismo nos dice que *quien ve á él, ve á su Padre* <sup>2</sup>; que no es posible conocerlo á él, sin conocer al que lo engendra semejante á sí, igual y consustancial: y que tanto sus palabras como sus obras son una prueba irrefragable de que su Padre lo ha mandado al mundo <sup>3</sup>, para que lo ilumine con su doctrina, lo confirme con su verdad y le enseñe el camino de la verdadera dicha.

Desde que Jesus aparece entre nosotros, no es ya su Padre aquel Dios, cuya voz no se atreven á oír los hombres, de miedo de morir <sup>4</sup>: ni aquel sér terrible y majestuoso, que al hablar como legislador por el ministerio de sus ángeles, manifiesta la presencia de su gloria increada entre torbellinos de fuego, entre truenos, relámpagos y ecos de clarines aterradores <sup>5</sup>. Todas aquellas diferentes maneras con que Dios se dejó ver de los Patriarcas, instruyéndoles y hablándoles como Criador y Señor, como Juez y remunerador, se han reducido á una sola, y es que habla ya á los hombres, como Padre lleno de amor y benevolencia, enseñándoles por medio de su Hijo cuál es su naturaleza, cuáles sus atributos, cuánto su amor á los mismos hombres, y cuán

<sup>1</sup> Joan. cap. 14. vv. 6. 7.

<sup>2</sup> Id. v. 10.

<sup>3</sup> Ibid. v. 18.

<sup>4</sup> Joan. cap. 14. v. 9.

<sup>5</sup> Éxod. cap. 20. v. 19.